

LA DOCENCIA Y LA INVESTIGACION: ¿VINAGRE Y ACEITE?

Juan F. Silva. Profesor Titular.
CIELAT. Facultad de Ciencias
Universidad de Los Andes.

La interacción investigación - docencia universitaria ha estado en el tapete de las discusiones desde hace ya muchos años. A pesar de eso, es poco lo que hemos avanzado en el plano práctico para reconciliar dos actividades que se suponen inherentes al quehacer universitario, que en muchos aspectos se refuerzan mutuamente, pero que también compiten por la atención de los profesores y los recursos universitarios. Los planteamientos que voy a hacer en esta oportunidad provienen de mi experiencia personal como investigador y docente por treinta años en la universidad venezolana.

La interacción investigación - docencia puede ser vista desde varios ángulos. En esta oportunidad quiero enfocarla desde el ángulo del proceso de la enseñanza que tiene necesariamente que mantenerse actualizada y que debe crear una actitud de búsqueda, una actitud creativa en el estudiante.

La vertiginosa velocidad de los descubrimientos científicos, el continuo auge y caída de las teorías científicas, y la acelerada tasa de cambios tecnológicos, hace cada vez más difícil mantener la actualidad de la enseñanza, aún en los niveles más especializados como son aquellos de la enseñanza del postgrado. Como consecuencia, se ha creado una creciente brecha entre la actualidad científica y el contenido de la enseñanza. Podemos compararlo con tratar de montarse en un tren en marcha. Si lo contemplamos estáticos, entonces nunca podremos alcanzarlo. Es menester ponerse en movimiento, ser ágiles y procurar alcanzarlo. Todo lo contrario a lo que sucede con nuestros currícula de estudios y con los programas de las asignaturas, la mayoría de los cuales parecen congelados en el tiempo. Si en algo cambian, es en el sentido contrario a los nuevos descubrimientos!

Esto es válido aún para países industrializados, con sus excelentes universidades y sus modernos institutos tecnológicos. Pero tiene visos trágicos en nuestros países latinoamericanos. ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de esa creciente brecha? ¿Cuáles son las posibles soluciones?

Hay que tener muy en consideración que la docencia no puede (aunque así lo vean los miopes que usualmente realizan las auditorias académicas) restringirse al curso regular y al salón de clases o al laboratorio. Otras

actividades docentes importantes son las tutorías, los seminarios y conferencias, los talleres, etc. Estas, que acercan de manera efectiva la docencia con la investigación, se practican muy poco, los estudiantes no se interesan y los profesores nunca tienen tiempo para asistir. Un programa de seminarios con temas de interés, actualizados, y con ponentes invitados de prestigio, puede contribuir efectivamente a mantener a los estudiantes actualizados en temas de las fronteras del conocimiento. Además, contribuye a crearles un creciente interés por la búsqueda científica y a familiarizarlos con la investigación científica. Estos programas, sin embargo, tienen ciertos costos en tiempo de organización y en invitados, así que es natural que ante el poco interés de los potenciales asistentes y la indiferencia de los agentes financiadores (léase autoridades), los organizadores se desanimen y los programas no se mantengan en el tiempo.

La masificación de la enseñanza universitaria ha resultado en un proceso de simplificación creciente, restandole profundidad y centrando todo el proceso alrededor de un objetivo: salir del atolladero. Esto es cierto para el profesor, que lo único que desea es salir del paso lo más pronto posible y es cierto también para el estudiante, cuyo único deseo es aprobar la asignatura. Los programas de las materias se convierten en letra muerta (como la constitución moribunda), y puesto que la evaluación y la supervisión de la actividad docente hace tiempo se extinguieron, entonces la brecha entre investigación y docencia, se amplía. Se amplía porque mientras el contenido científico de la docencia se degrada, la investigación es una actividad cada vez más exigente y cada vez más selectiva. Las demandas para el investigador, en términos de la calidad de su preparación y de la cantidad y calidad de su producción, aumentan día a día.

Esto en parte explica la escasez de investigadores activos, que no pasan del 8 al 10% del plantel docente en las mejores de nuestras universidades, lo que contribuye a un clima de poco interés por las novedades. Si cada profesor estuviese de alguna manera vinculado a la investigación, en una especie de estructura de anillos concéntricos en cuyo centro está un grupo activo de investigación y en la periferia más exterior profesores que asisten a los seminarios o realizan algún trabajo de divulgación, se contribuiría efectivamente a cerrar la brecha, aún sin aumentar significativamente el número de investigadores activos.

Como esto no existe, lo que tenemos es una indiferencia colectiva por los descubrimientos científicos, fortaleciéndose una peligrosa consigna que pretende que ya se ha descubierto todo. Sabemos que es todo lo contrario. Nunca como ahora lo que era verdad ayer ya no funciona hoy. La obsolescencia del conocimiento es más acelerada que nunca y está acelerando la obsolescencia de nuestras instituciones de educación superior.

El aumento del número de investigadores activos es algo complejo, de difícil solución inclusive a mediano plazo. Pero además, los pocos investigadores tienden a concentrarse en los niveles más altos de la

enseñanza: en el doctorado cuando existe. Cuando se mantienen, por obligación, en los niveles iniciales del pregrado, generan conflictos y protestas porque lo que enseñan está fuera de lo común y porque sus exigencias son muy elevadas. Se refuerza aun más el aislamiento del investigador.

Otra variable interventora es la falta notable de buenos textos de enseñanza, adecuados a la dinámica realidad actual de las ciencias y al alcance de los estudiantes. O bien encuentra el estudiante tratados notables, costosos y complicados, o se conforma con los apuntes de la clase, con todo lo que esto significa. Yo no conozco investigaciones sobre este tema, pero creo no equivocarme si sostengo que una mayoría de los cursos que se dictan en la universidad venezolana se basan en textos ya obsoletos. Cuando no es así, la escasez de textos actualizados al alcance del estudiante obligan al apunte, que ya se ha convertido en una costumbre generalizada. Esos apuntes son una pobrísima transcripción de los apuntes del profesor, que datan de hace ya muchos años.

Si miramos al postgrado, el cual por naturaleza tiene que estar mucho más conectado con la investigación y sus hallazgos, la situación no es mucho más promisoria. Aquí, más que de los textos, la enseñanza tiene que depender de los libros especializados, productos de simposia, y de las revistas científicas. ¿qué pasa con estos instrumentos? Son caros, por lo tanto las bibliotecas los tienen cada vez menos. Los cortes en la adquisición de libros de simposia y en la suscripción a revistas científicas son cada vez más notables. La desactualización se hace costumbre. Las bibliotecas, por cuyas colecciones luchamos tanto, están cada vez más desiertas, y las visitas a sus hemerotecas se restringen a los tesisistas urgidos de completar una lista de referencias.

Por otra parte, el inglés se ha convertido en la lengua fundamental para la comunicación científica. Aún en revistas científicas iberoamericanas, muchos artículos se publican en inglés. Nuestros estudiantes, y muchos de nuestros profesores, no son capaces de leer y entender un artículo escrito en inglés. Aunque se supone que los estudiantes del postgrado (y con mucho más razón los profesores) deben tener un dominio instrumental del inglés, lo cierto es que no es así. Esto equivale a un analfabetismo colectivo que incapacita a educadores y a educandos a acceder al lenguaje de la ciencia actual. El problema es encarado por algunos con la consigna nacionalista de que nuestro idioma es el español, ¿por qué entonces tendríamos que leer textos en inglés? Esto equivale más o menos a decir ¿por qué tenemos que mirar los cuadros de extranjeros como Rembrandt, o escuchar las sonatas de extranjeros como Beethoven?

Recetas prácticas para resolver el problema en este año escolar por supuesto no existen. Se requiere de estrategias a mediano plazo, que ataquen los distintos ángulos del problema en forma coordinada y persistente. La universidad requiere de un plan estratégico que gane el apoyo de los niveles medios de ejecución. Algunos de los elementos

necesarios para este plan los hemos mencionado antes. Hay que aumentar el número de investigadores activos e incrementar su peso específico en los procesos académicos. Hay que transformar el ensamblaje curricular haciéndolo menos pesado y más interconectado, y diseñar programas de seminarios y talleres permanentes que conecten a los investigadores con el cuerpo docente. Pero no hay que pedirle a los investigadores que los organicen, pues éstos tienen ya demasiadas cosas que hacer. También es necesario asumir las responsabilidades y evaluar, pedir cuentas, exigir el cumplimiento de los programas, cambiando progresivamente este sistema donde nadie responde por nada. Hay además que atacar el álgido problema de los textos universitarios, haciendo converger los esfuerzos de docentes e investigadores y poniendo un premio en este esfuerzo. Por otra parte, estas estrategias tienen que redimensionar el papel del inglés, atendiendo a las tendencias globalizantes y sin miedo a las acusaciones de los patrioterros. El dominio instrumental del inglés, que no requiere de enormes inversiones ni de grandes cambios, puede ser de gran ayuda para transformar radicalmente la situación.

En síntesis, la receta para cerrar la brecha entre el vinagre y el aceite es más aceite, mejor vinagre y añadir aderezos. Sacudir vigorosamente de tanto en tanto.

Mérida, octubre de 1999